

Domingo Melfi

Panorama de las literaturas argentina y uruguaya

Los países de la cuenca del Plata han sido vastos crisoles de razas. Sobre ellos cayeron las influencias de las razas europeas que arribaron en sucesivas oleadas hasta sus costas féculdas.

En política, en costumbres, en economía, los países del Atlántico han sido los más beneficiados por las corrientes civilizadoras de Europa. Los restos de la nacionalidad autóctona—tribus guerreras y sombrías que erraban en las márgenes de los grandes ríos— fueron a recluirse en los rincones más apartados de sus territorios, huyendo de la acción fulgurante de esas razas rubias y laboriosas, que llevaban con ellas los instrumentos de labranza y los hábitos y modalidades tan profundamente diversos de los nativos. La penetración de las razas europeas, fué lenta y difícil, pero esencialmente fertilizadora. Al cabo de largas guerras y terribles arremetidas, el blanco había plantado ya su dominio en los sitios más extremos de la vida bárbara. Con la literatura no podía dejar de ocurrir un fenómeno parecido y nada podía abstraer más adelante a esos pueblos, a la presión continua de las escuelas estéticas que los barcos descargaban en las ensenadas abiertas de las riberas rioplatenses. En las mezclas subsistió, sin embargo, el carácter autóctono, como una emanación de la tierra conquistada sólo en la violencia externa de los combates. Milenios de vida errabunda y milenios de señorío, sobre las planicies tan vastas como el mar, habían dado a la sangre de los pobla-

dores, un sentido casi milagroso de la libertad. El individualismo agresivo de los conquistadores se fundió con el individualismo sombrío de los nativos, con su orgullo hurraño y salvaje.

Todas las escuelas literarias europeas tuvieron, pues, unas más profundamente que otras, un destino de orientación sobre las modalidades de la creación autóctona, incipiente. El vasto cuadro de la barbarie gauchesca no fué captado sino más tarde, al quedar ya formada la nacionalidad, después del período clásico, que fué consubstancial a la nación misma antes de 1810 o sea, el dominio colonial. Todo el quietismo urbano, de las ciudades crecidas en la linde los bosques o cerca de los caminos líquidos que eran los ríos, toda la cultura que estaba refugiada en las universidades, fundadas por monjes o en los estudios teológicos, en la literatura artificiosa de los clérigos, de los eruditos o historiadores, o en los poetas mediocres de salón, había sido deshecha, primero por la emancipación y luego, por la violenta tiranía de los caudillos de la revolución.

Juan Manuel de Rosas, ejemplar típico de aquella barbarie, levantó la pampa contra la ciudad bizantina que era Buenos Aires. El que era un gaucho no podía tolerar el influjo de las corrientes revolucionarias promovidas por los liberales que él juzgaba extranjerizantes. Tenía su sentido propio de la nacionalidad, y a él quería someter la voluntad de los pobladores. De hecho mantuvo el poder durante casi un cuarto de siglo, arreciando con su tiranía el volumen de la condenación y del odio, fenómeno extraño, que obró como un contragolpe. Porque si Rosas quería nacionalizar, los herederos de la revolución de mayo, hombres de sentimientos libres y románticos en el concepto de la libertad política, no podían tolerar a su vez a quien empleaba para someterlos, los expedientes más brutales y salvajes de la dominación.

Los hombres más señeros huyeron de la tierra nativa, y saltando unos la cordillera y otros la landa inmensa del Plata, fueron a maldecir, o a conspirar contra el gaucho de «Los Cerrillos», cuya mazorca mantenía sobre Buenos Aires; ya dominado, la dura ley del poder autoritario. Santiago y Montevideo se convirtieron en los refugios generosos de esos hombres combativos.

Nada muere en la voluntad creadora, y todo lo que parece un agotamiento de las energías, no es, sino germen de más fecundas posibilidades. Aquellos hombres que huían, llevaban con ellos, además de incurable herida patriótica, la visión de

la tierra que habían abandonado. Iban a combatir; pero combatían cantando. La creación literaria o social brotó como un torrente del espíritu de esos luchadores para los que la libertad era lo único grande en la naturaleza humana.

Así el *Facundo* de Sarmiento, nació en el destierro; la *Amalia* y Los Cantos del Peregrino de Mármol y Las Bases de Alberdi, nacieron en el destierro. Junto con esas obras fundamentales, surgieron las admoniciones doctrinarias, y los versos de la nostalgia, que eran evocaciones de la tierra abandonada. Debía, pues, la literatura autóctona nacer bajo el signo de la libertad. Noble nacimiento para los pueblos americanos. Puede la tiranía acallar momentáneamente a los hombres, e inmovilizarlos en la sensación inerte del silencio. Bajo el argollamiento o en el rincón infecto de la cárcel, el alma rebelde se levanta para castigar y maldecir. «Sombra terrible de Facundo, escribía Sarmiento en la primera página de su formidable libro, voy a evocarte.» Su evocación fué una epopeya y su canto a la barbarie una revelación de la vida argentina en sus costumbres, en la bravura de sus hombres, en la impresionante grandeza de sus horizontes pampeanos. Allí comenzó a madurar ya el sentimiento de la vida criolla, esa fuerza misteriosa que nacía del vaho de la tierra, de las grandes líneas horizontales de su desierto verde, de las tolдерías lejanas, de los puestos perdidos en la llanura infinita, de las hazañas y aventuras de sus gauchos y baqueanos. Sarmiento castigaba con el látigo fulgurante de su estilo arbitrario y musculoso, pero al propio tiempo daba vida a la creación más humana de la literatura argentina. Rosas ignoraba, como lo ignoró Facundo, que el proscrito que vivía pobre y modestamente en Santiago de Chile, en un cuarto estrecho del Portal de Sierra Bella, estaba tallando con los golpes de estilo ardiente y apasionado, con la vehemencia impetuosa de su carácter de luchador, la estatua bifronte de los dominadores del desierto. Los tres viven en la memoria argentina, uno maldiciendo, los otros devorando las distancias pamperas, en alto la lanza tinta en sangre. La literatura argentina está llena con la evocación de esas tres figuras. De ellas ha brotado un ancho río de interpretación que no disminuye, que no podrá disminuir, porque la historia y la poesía, la novela y el cuento, el drama y el ensayo, van a buscar allí, al borde de esas vidas turbulentas y viriles, los motivos de la creación artística. Sarmiento es el prócer, la figura cumbre al otro lado de los Andes. Rosas y Facundo encarnan la bar-

barie, mezclada con el sentimiento de la tierra, en la cual buscaron, por la sangre, por el martirio, y en medio de condenaciones, un camino sombrío que les fué adverso.

Al asumir Rosas su señorío, la pampa no tenía organización, y no funcionaban instituciones de ninguna especie. La llanura plana que se confundía con el cielo, estaba poblada de criollos mestizos, semi-civilizados, por pastores y merodeadores. Las pocas parejas de equinos y vacunos que los conquistadores habían arrojado a ese vasto mar de forrajes magníficos, se habían convertido en centenares de miles de cabezas de ganado. La tierra fértil los había hecho crecer a la ventura, y algunos se habían transformado, como los hombres en la sociedad, en bestias salvajes. Destacamentos militares, diseminados por las tierras eran o constituían la expresión del Estado, es decir, de la capital. Esos destacamentos representaban la ley, el imperio de una autoridad lejana e invisible. En otro sentido esa ley no tenía rigor alguno para reducir a esos caballeros, llamados andantes, de la pampa, gauchos y matreros, que iban de un punto a otro, que erraban sobre sus caballos, que deambulaban a su antojo por las extensiones solitarias y alucinantes, y que se desmontaban en las pulperías para jugar a la taba, a las carreras o al truco. O bien, cansados de huir o de perseguir, desenredaban en la vihuela, cálida y melancólica, las ásperas nostalgias de amor, entremezcladas con gestas heroicas o con requiebros de burlería. Con todos esos elementos se había formado el alma de Facundo y de Martín Fierro. En la profundidad sin horizontes de la pampa, habían crecido lentamente esos dos más auténticos e integrales personajes del desierto. Uno era la vida en ardor, y en desesperación de mando, y el otro era la existencia oscura del gaucho perseguido, rico en aventuras, filósofo de todas las pulperías y puestos, generoso amigo de todos los matreros y hombre de coraje.

Como en las llanuras orientales del Uruguay, la literatura argentina había ido a buscar en la pampa los romances y las versainas, los cuentos y las consejas, las leyendas de amor y varonía, de sangre y de proezas.

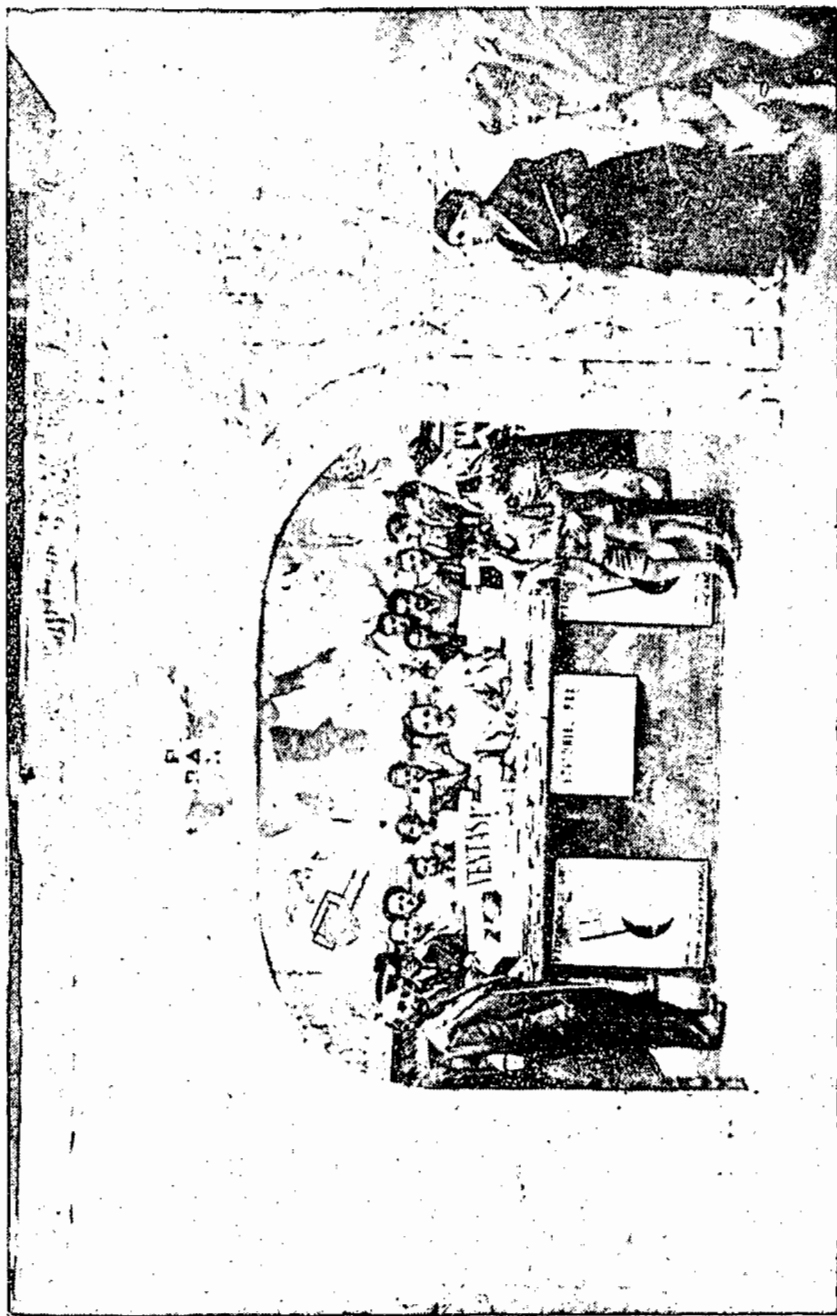
Porque el gaucho era el señor de la dilatada soledad, dueño de las sendas que sólo él conocía, dueño de la autoridad que brotaba de su propio y rebelde señorío. Centauro lo era, caballero sobre su bestia, embriagado de viento y de horizontes, fuera de todas las leyes humanas, al margen de toda limitación, libre sobre los pastos que ondulaban como un mar verde o bajo el

movible parpadeo de las estrellas que parecían resbalar sobre el impresionante silencio de la tierra.

Fugados de las cárceles de las ciudades, negros esclavos que se escapaban de las casonas familiares, milicias desertoras, se lanzaban al desierto para saborear los dones de esa vida libre o para buscar por su propia mano, el sustento que la ciudad les negaba y unidos a los matreros y merodeadores, realizaban la epopeya del coraje, en el ancho dominio sin autoridad. Nadie les preguntaba de dónde venían o hacia qué lugar emprenderían al amanecer o días más tarde, la peregrinación arbitraria. Cuando partían, la sombra de la llanura los devoraba detrás de las lomadas o su caballo en el filo de los horizontes, se disolvía lentamente como un punto apenas movible en el profundo imperio de la soledad. Confiaban en sí mismos, porque eran amos de su voluntad y porque el instinto de la errancia hacía tintinear una música enervadora en las rodajas de plata de sus espuelas. En todas partes estaban seguros de hallar sustento, en todos los rincones de las posadas o de las pulperías sabían que encontrarían un hueco en donde echar a descansar los huesos cansados de vagar. La tierra les pertenecía.

La doma, el volteo, la corambre eran los ritos del valor temerario, los signos de la virilidad. Allí, en las faenas de la domadura, en el descuartizamiento de las reses, aprendía el gaucho la recia lección del coraje y robustecía la elástica seguridad de su brazo.

La alambrada, que es el signo de la revolución rural, el juez que es la imagen del Estado, el policía que es el enemigo de todo vagabundo, aun no había asomado su severidad sobre la pampa. Estaban, pues, aun fuera de toda presión y con su chiripá, su cintillo sobre la frente o su bota de cuero de potro y el corazón entero, al galope en lo más hondo del pecho, podían errar a su antojo, sin trabajar, sin pedir a nadie la venia del orden, por todas las sendas cruzadas e inextricables. Sólo la inmensidad era la ley y sobre esta ley, la del más fuerte, la del más corajudo. Transcurría la existencia en la bravurá personal que es la pelea, en el juego que es azar y fatalismo como la vida, en el canto que es el desperezamiento de la nostalgia, en el amor que es estímulo, en la guerra que es explosión del valor. A veces los caudillos políticos, los caciques de las extensiones dominadas, los llevaban a la guerra y con las lanzas rojas en sangre, arremetían en los entreveros, partiendo de un lanzazo el corazón de los enemigos. Otras veces cuando en la soledad,



Stand de la Editorial «Pax»

el hambre apretaba, lazeaban las bestias, para ellos sin dueño, las descuartizaban y tirando los huesos al viento, se iban con presa al fondo de los bosques o de las picadas.

Este es más o menos el escenario natural y los personajes que dan vida al fuerte sentimiento de una literatura propia. Tanto en Argentina como en Uruguay, existe el mismo principio de captación de los elementos que son los que más típicamente representan el espíritu de nacionalidad. La pampa es el escenario, el aspecto característico de la vida argentina y uruguaya hasta casi en las postrimerías del siglo XIX. Cuando el comunismo natural cede el paso a la organización jurídica de la tierra y la estancia limita los sectores con el alambre que la civilización ha llevado a Buenos Aires o Montevideo, junto con las ideas y las doctrinas literarias, desaparece también poco a poco el gaucho matrero, el gaucho libre, dueño de la extensión campera. La propiedad privada, la subdivisión de la llanura, lleva consigo los agentes de la autoridad. El ganado se controla; no es la manada libre, la gran tropa que está a merced de todos los merodeadores. Se le confina en los límites de la estancia, se le reduce a comercio. Grandes masas de hombres europeos son arrojados a las llanuras, detrás de los agentes de la autoridad, comisarios y jueces rurales. Las carreteras penetran hasta el corazón mismo de la pampa. El ferrocarril une la ciudad con la campaña solitaria. La humaniza a su manera. El gaucho siente ya que su dominio se desvanece. ¿Cómo luchar contra esos agentes y militares, cuyos cuarteles se levantan en todos los recodos de los caminos, antes entregados a la veloz carrera de los baguales? La lucha es penosa y áspera. Hay que hacerse peón de estancia o *milico*. No queda otro remedio. Combatir esta autoridad que está en todas partes, que entra por todas las sendas, que se interna en los vagones y en los carruajes veloces, es como combatir el viento mismo de la pampa, arremolinado y diabólico. Especies nuevas de vacunos europeos son también traídos al territorio junto con las oleadas de inmigrantes. El gaucho, según dicen melancólicamente algunos argentinos, es ahora italiano o gallego. Cambian las costumbres y hasta los trajes. La bota de potro se cambia por la bota de la ciudad, el chiripá por el bombacho comprado en la pulpería. Las danzas nacionales, el gato, el pericón, se cambian por la polka y la mazurca. Es decir, es la dominación total de la ciudad sobre el campo; contragolpe de la concepción de Rosas, al querer dominar con el campo a la

ciudad sin lograrlo, porque la civilización es más fuerte y más rotunda en su penetración omnímoda. La guitarra que meció tantas penas en la lumbre de los fogones, que fué la nota melancólica y poética de la raza aventurera y romántica en su libertad, se ha substituído por el rezongo del acordeón, cuyas notas largas y elásticas, se lamentan de los cambios ocurridos. Surgen otras mezclas, otros tipos, entre los cuales subsisten muchos de los antiguos hábitos. Porque la pampa tiene una fertilidad contagiosa que modifica al extranjero y lo sumerge en el profundo enervamiento de su propia fecundidad. Así los hombres europeos son mitad hijos de la raza occidental y mitad criollos agauchados. La descendencia es netamente argentina.

La literatura de ambos países, ha podido rehacer en sus creaciones esa nota característica del hombre del Atlántico Sur. No ha desaparecido para los escritores de Uruguay y Argentina, la raza gaucha. Se ha transformado, se ha adaptado a las exigencias de la civilización. Conserva tanto del español como del gaucho primitivo, en su lenguaje, los vocablos típicos, los arcaísmos y dichos intencionados que son la mejor supervivencia de aquellos dominadores y dueños de la pampa.

Así los mostraron en Uruguay, el novelista Acevedo Díaz al narrar la gesta de la barbarie gauchesca de la emancipación y de las revoluciones, y Javier de Viana y Quiroga, en sus admirables relatos del norte argentino y de los tipos más fundamentales de la pampa y en Argentina, Ricardo Güirarles, Enrique Larreta, Benito Lynch y Lugones.

En Martín Fierro, especie de romancero de la pampa, el autor ha puesto la queja continua y la defensa del gaucho oprimido y explotado. En Don Segundo Sombra, que nace en la fuente misma del poema de Hernández, se encuentra ya la última personificación del gaucho vencido por la civilización. Su desaparecimiento tras la loma en el capítulo final, al desvanecer en la infinita soledad, renueva la tristeza del ser humano que habiendo cumplido las grandes etapas de la aventura y del valor, muere para dar paso a otros seres. En el pequeño aprendiz de gaucho que Guiraldes ha colocado junto al gaucho maestro, para que recoja la herencia que él ya no puede mantener, hay también el optimismo poderoso de la esperanza y de la fe en la raza, renovada.

Pero es preciso advertir el fenómeno considerable que representan estas literaturas del Plata. Comienzan siendo copia de los romanticismos europeos, en la poesía y en la novela, se

rebelan en lampos tan admirables como *Facundo*, *Martín Fierro*, en Argentina; *Soledad e Ismael*, en Montevideo, del uruguayo Acevedo Díaz, caen de nuevo al comenzar el siglo xx en las modas del modernismo poético, con los imitadores de los simbolistas franceses y recuperan más adelante, el sentido de la criolledad, para hundir sus observaciones en la tierra misma. La etapa actual de estas literaturas es de *naivismo*, como se dice, o lo que es lo mismo, el criollismo en Chile y que es sentimiento de interpretación de la naturaleza propia y de sus hombres.

Los novelistas más auténticos, los escritores más poderosos de ambas literaturas, no son precisamente los que imitaron las corrientes literarias europeas, sino los que se emanciparon de la tutela europea. Al trazar los cuadros de sus gestas gaucescas, Sarmiento sentía la fuerza de la tierra americana como un llamado soberbio y pujante. Al cantar en los octasílabos populares las andanzas y penurias de Martín Fierro, Hernández su autor, bebía en la fuente misma de la tierra, en el corazón de sus personajes sentenciosos y valientes, los gérmenes de la poesía eterna. Acevedo Díaz relatando los episodios salvajes de sus lanceros rojos en las novelas vibrantes que compuso, hacía la historia de su país, con elementos de su país, con hombres de su país, con paisajes de su tierra. Carlos Reyles, también del Uruguay, más moderno y más fino, viajero por países de Europa, concretaba su visión y su sentido del arte, en libros autóctonos, que describen el mundo de sus antepasados o el mundo que él observó en su propio pueblo. Quiroga, el novelista nacido en Uruguay, pero que ha vivido siempre en Argentina, buscaba con el robusto acento de su creación, en los hombres que vivían en las riberas de los grandes ríos o en los bosques del norte argentino, el elemento humano en lucha constante con la naturaleza salvaje o en lucha con otros hombres.

Zavala Múñiz, en Uruguay; uno de los más recios novelistas de aquel país, pintaba en tres novelas fundamentales, ricas de fuerza y de estilo, las escenas sangrientas, las costumbres y los episodios de la revolución entre blancos y colorados, que conmovieron por tantos años el Uruguay. La poesía de Fernán Silva Valdés, es la poesía criolla del mismo modo que los novelistas argentinos Benito Lynch y Enrique Larraerte, no han hecho sino pintar las costumbres y los tipos que son característicos de Argentina o los que la imaginación filtró entre los tipos populares, especialmente el segundo, en Zojubre.

No es ocasión de citar, porque ello sería interminable. Las regiones de la pampa dieron su savia y continúan dándola a los creadores literarios, emancipados, por lo menos en la substancia, ya que no en la forma, de tutelaje europeo. Son escasos en las literaturas argentina y uruguaya, los novelistas o cuentistas de la ciudad. Fenómeno que es, por lo demás, privativo de todas las literaturas americanas. La ciudad gigantesca de Buenos Aires no tiene novelistas. Igual cosa puede decirse de Montevideo. En cambio, todas las regiones argentinas y uruguayas de la pampa o de los bosques o de las selvas, tienen sus narradores. Los elementos populares son más típicos y encierran mayor intensidad dramática, en su naturalidad, en su simplicidad, que los hombres de la ciudad. La ciudad de la colonia o la ciudad de la organización política, posterior a la emancipación, es más viva y pintoresca en su aspecto humano que estas capitales dominadas por las corrientes cosmopolitas. Sin embargo, el arte se da sin acudir a fórmulas fijas. El arte del narrador descubre en una piedra los elementos más vigorosos de la creación. Quiero decir, que la naturaleza americana ha sido más fuerte, más aplastante, que la voluntad del narrador. Le ha impuesto su destino. Su drama. Su grandeza. Si se recorre rápidamente las literaturas de todos los países hispanoamericanos, encontramos el mismo fenómeno. En el Brasil, un novelista de los mejores, como Machado de Assis, noveló episodios de la ciudad en *Quincas Borda* y *Don Gazmurro*. Pero el creador de *Canaan*, G. Arahla, Monteiro Lobato, Azevedo, Alencar y otros, aun de los modernos, han llevado el análisis penetrante, la hondura de su concepción humana de la tragedia, hasta las selvas o fazendas del Brasil, en donde una humanidad desconocida para nosotros, está creando el más prodigioso de los fenómenos de creación artística.

En Venezuela, sus mejores novelistas describen la selva o las costumbres del llano, sus dramas y sus errancias: Rómulo Gallegos, Uslar Pietri. Sotillo; en Colombia, la *Vorágine*, de Eustacio Rivera, ha dado vida a una serie de intérpretes del campo, de la meseta o de la selva; en Bolivia, los narradores, todos, están sumergidos en la vida trágica de la sierra o de los bosques, o buscan a la orilla de los ríos, los personajes más duramente castigados por las injusticias; en el Ecuador, un núcleo de escritores nuevos traza los cuadros de la explotación del indio o de los trabajadores de las regiones del interior; en el Perú aparecen continuamente los escritores de la nueva promoción

identificados con esta ansia de renovación que en todos infunde la visión del destino de América; en nuestro país, desde hace más de un cuarto de siglo, los novelistas se internan en el campo, para someterlo a análisis, para buscar tanto en la belleza como en el obscuro destino de sus pobladores, en sus características más esenciales, la verdadera psicología de estos productos de la mezcla de conquistadores y tipos autóctonos. En México, una literatura rica y de excepcional contenido humano busca, asimismo, el carácter de esa realidad tan trágicamente sacudida, por las conmociones revolucionarias.

En todas partes idéntica preocupación. En todas partes, igual abandono de las fórmulas nacidas de la imitación europea. En todas las expresiones de la vida de estos países, desde el extremo más septentrional hasta las regiones tormentosas del mar magallánico, una corriente caudalosa y secreta pasa debajo de sus pampas, de sus montañas y une la ansiedad de sus creadores y de sus políticos, de sus novelistas y dramaturgos, de sus historiadores y poetas. La vibración de ese cauce impregna la poesía popular, el canto melancólico de sus campesinos, la tristeza fatalista y petrificada de los pastores andinos, la queja resignada del gaúcho perdido en las soledades, la ruda pujanza del llanero, el sombrío lamento de los hombres que horadan los vientres de la cordillera, la ardorosa e impaciente vehemencia de la juventud. En todos está palpitando como en los pobladores primitivos que se bañaron en el ambiente de la libertad, el mismo sentimiento de la realización de una América interpretada y redescubierta por sus propios hombres. Es, pues, un sentimiento noble el que une estas literaturas en un mismo ideal. Al describir rápidamente el escenario del cual brotaron caudalosas, en el instinto de la libertad y en la lucha por la independencia espiritual, dos literaturas impregnadas de amor a la naturaleza y a sus hombres, se ha contado indirectamente el nacimiento de todas las literaturas hispano americanas. En todos estos países ocurrieron fenómenos políticos semejantes y en todos los hombres que lucharon por la libertad fueron perseguidos y desterrados. El destierro retempló las energías de la creación, y al infundir calor vital a sus quejas o a sus condenaciones, el espíritu, acongojado o iracundo, se volvió hacia la tierra, para maldecir o para recordar. Lo mismo en el teatro que en la novela o en la poesía es preciso buscar esos elementos típicos porque con ellos se ha dado forma y expresión a las esperanzas y a los gritos de rebeldía de estas razas. La litera-

tura tiene una gran misión en el destino de estos pueblos. Comienza ahora a cumplirlo. Los precursores, los que perforaron la naturaleza para saber que había en ella, nos dejaron los frutos no siempre perfectos de su esfuerzo. Las generaciones que vienen, van a realizar el fenómeno de unir por el espíritu, a pueblos que se han desconocido y se han ignorado en el instante mismo en que sus creadores artísticos se tendían la mano ferviente por encima de las montañas más inaccesibles y de sus ríos turbulentos y anchos como mares.